

VII

Estado miserable del ejército de Italia.—Carta de Napoleón al Directorio.—Milán, Lombardia: sus disposiciones respecto á los franceses.—Rebelión en Pavia.—Bonaparte abandona Milán en 24 de Mayo.—El 30, el ejército francés pasa el Mincio.—Beaulieu se retira á la otra parte del Adige.

Advertiré al lector que he renunciado á toda nobleza de estilo. Con el objeto de dar una idea de la miseria del ejército ¿me permitirá el lector que le cuente la de un teniente amigo mío?

M. Robert (1), uno de los más apuestos oficiales del ejército, llegó á Milán el 15 de Mayo por la mañana y fué convidado á comer por la marquesa A..., para cuyo palacio había recibido una invitación. Hizo una minuciosa toilette pero le faltaban zapatos; tenía, como de costumbre, para entrar en las ciudades, empuñes bastante bien lustrados por su asistente y los ató cuidadosamente con cordeles; pero faltáronle entonces suelas. Encontró á la marquesa tan bella y tuvo tanto miedo de que su pobreza fuése notada por los lacayos que servían á la mesa con magnífica librea, que se levantó y les dió astutamente un escudo de seis francos: era todo cuanto poseía en el mundo.

M. Robert me ha confesado que entre los tres oficiales de su compañía no tenían más que un par de zapatos pasables, de un oficial austriaco muerto en Lodi, y que en todas las semi-brigadas, sin excepción, el estado era el mismo.

(1) Véase la *Chartreuse de Parme*, 2.^a edición, pág. 71.

Lo que sí es cierto, es que costaría trabajo formarse hoy una justa idea del estado de abandono y de miseria del antiguo ejército de Italia. Las más grotescas caricaturas, fruto del genio inventivo de nuestros jóvenes dibujantes, están aún muy por encima de la realidad. Una observación puede bastar: los únicos que poseían algún dinero lo tenían en asignados, y éstos no tenían ningún valor en Italia.

Permitásemme relatar otros detalles más vulgares aún, pues, en verdad, no sabría como expresar en ideas un tan deplorable estado. Dos oficiales, el uno jefe de batallón, y el otro teniente, ambos muertos en la batalla de Mincio en 1800, no poseían entre los dos, cuando la entrada en Milán, en Mayo de 1796, más que un pantalón de casimir color de avellana y tres camisas. El que no llevaba el pantalón poníase un redingote cruzado de uniforme, que constituía todo su equipaje, y aún estas dos piezas estaban remendadas por todas partes, de la manera más miserable.

Dichos dos oficiales habían recibido en Plasencia, por primera vez, una pequeña cantidad en metálico, compuesta de algunas piezas de siete sueldos y medio del Piamonte (*sette mezzo*), con las cuales se procuraron el pantalón, tirando al Adda los calzones precedentes, que eran de raso; el que no llevaba calzones iba en calzoncillos y redingote.

Suprimo otros detalles de este género, pues serían poco creídos hoy; basta decir que nada podía compararse con su miseria al igual que con su extrema bravura y su buen humor, y no será muy difícil comprenderlo así, si se recuerda que, soldados y oficiales, todos eran jóvenes. La inmensa mayoría pertenecía al Languedoc, al Delfinado, á la Provenza y al Rosellón, exceptuando algunos húsares de Berchiny, que el bravo Stengel había traído de Alsacia. Amenudo, los soldados viendo pasar á su general, tan delicado y tan joven, observaron, no obstante, que

era el mayor de todos, pues, en Mayo de 1796, cuando su entrada en Milán, Napoleón, nacido en 1769, tenía veintiséis años y medio.

Al ver á este joven general pasar por el bello arco de triunfo de la *Porta Romana*, hubiera sido difícil, hasta al filósofo más experimentado, adivinar las dos pasiones que agitaban su corazón: el amor más vivo, exaltado hasta la locura, por la envidia, y el odio provocado por las apariencias de la más negra ingratitud y de la más necia estupidez.

El general en jefe debía dedicarse á organizar el país conquistado. El ejército tenía en éste amigos apasionados y enemigos furiosos, y por desgracia, se contaban entre estos últimos á la mayoría de sacerdotes seculares y á todos los frailes sin excepción. En recompensa, la burguesía y una buena parte de la nobleza estaban decididamente de parte de la libertad. Tres ó cuatro años atrás, antes de los horrores de 1793, toda la Lombardía se había entusiasmado por las reformas de la libertad francesa. Ahora, el tiempo comenzaba á hacer olvidar los crímenes y pasados dos meses era por miedo á esta libertad que el gobierno del archiduque maldiciéndola en cada proclamación oprimía á los buenos milaneses; pues debe saberse que éstos despreciaban sumamente á su príncipe, que no tenía otra pasión que la de hacer el comercio del trigo, ocasionando amenudo carestías con sus especulaciones.

¡Y era en un pueblo de tales sentimientos que el archiduque quería enardecer la simpatía por la casa de Austria! Es curioso ver al desgraciado despotismo tener que recurrir á la razón y al sentimiento. La entrada de los franceses en Milán fué para los milaneses un día de fiesta, tanto como para el ejército mismo. Después de Montenotte, el pueblo lombardo se puso enteramente del lado de los franceses, sintiendo por ellos una viva pasión que todavía dura. Bonaparte

encontró á su paso una guardia nacional numerosa, adornada con los colores lombardos, verde, blanco y rojo, formando una doble fila. Emocionóse de esta prueba de confianza en él y pensó en lo que hubiera sido aquella pobre gente si Austria hubiese reconquistado la Lombardía.

¿Dónde M. de Thugut hubiera encontrado calabozos bastante profundos para aquéllos que de tal modo se habían vestido, para los sastres, para los vendedores de las telas, etc. etc.? Lo que dió más esperanzas al general francés fué que esta bella guardia nacional estaba mandada por uno de los más grandes señores del país, el duque Serbelloni. Los vivas resonaban por los aires, las más bellas mujeres se asomaban á los balcones; desde la tarde de este hermoso día, el ejército francés y el pueblo de Milán fueron íntimos amigos.

La igualdad á que lo somete todo el despotismo había aproximado el pueblo y la nobleza. Por otra parte, la nobleza italiana vivía mucho más relacionada con la clase baja que la de Francia ó Alemania; no estaba separada de los burgueses por ningún privilegio odioso, como en Francia, por ejemplo, el de las pruebas de nobleza que era preciso aducir para ser oficial (1). En Milán no existía el servicio militar, pues los lombardos pagaban un impuesto para eximirse de él. Además, la nobleza de Milán era muy ilustrada, contando en su seno á los Beccaria, los Verri, los Melzi, y á cien otros menos célebres pero tan instruídos. El pueblo milanés es bueno por naturaleza y el ejército tuvo de ello una prueba singular desde los primeros momentos; muchos curas párrocos fraternizaron con los soldados. Al día siguiente fueron severamente amonestados por sus jefes.

En el mismo momento en que Napoleón dejaba

(1) Disposición de M. de Segur en 1784.

Lodi para hacer su entrada triunfante en Milán, recibió del Directorio una orden que hacía poco honor al director Carnot, encargado del movimiento de las tropas; el ejército debía ser dividido en dos: Kellermann, con una mitad llamada *ejército de Italia*, se encargaría de observar á los austriacos en el Mincio, y Bonaparte, con veinticinco mil hombres que formarían el *ejército del Mediodía*, se dirigiría á Roma y si fuese necesario á Nápoles. Un traidor no hubiera dado una orden más favorable á los intereses de la coalición. ¿Cómo el Directorio no comprendió que las tropas francesas iban á verse obligadas á combatir en el Adige á todas las fuerzas de la casa de Austria? ¿Qué significaba la posesión de Milán sin la de Mantua? En quince días, un general, aunque hubiese sido mucho más hábil que Kellermann, hubiérase visto obligado á recular hasta Bocchetta. ¿Dividir el ejército no era conducirlo á la necesidad de una segunda batalla de Fornoue?

Júzguese pues lo que debió pasar en el alma fogosa de Napoleón al recibir una orden tan extraña. El joven general respondió con la carta siguiente:

En el cuartel general de Lodi, á 25 de Floreal del año IV (14 Mayo de 1796).

«Al Directorio ejecutivo,
»Ciudadanos directores.

»Acabo de recibir el correo salido el 18 de París.
»Vuestras esperanzas están realizadas; á la hora presente, toda la Lombardía pertenece á la República.
»Ayer destiné una división al cerco del castillo de Milán. Beaulieu se encuentra en Mantua con su ejército, el cual ha inundado todo el país circunvecino; es de prever que encontrará en él la muerte por ser el país más malsano de Italia.

»Beaulieu cuenta aún con un ejército numeroso; al comenzar la campaña, sus fuerzas eran superior-

»res á las nuestras; el Emperador le envía ahora un refuerzo de diez mil hombres, que están en camino.
»Creo pues muy impolítico dividir en dos el ejército de Italia; igualmente resulta contrario á los intereses de la República poner á su frente dos generales diferentes.

»La expedición á Livorna, Roma y Nápoles no reviste importancia: debe ser hecha por divisiones en escalones, de suerte que se pueda, por una marcha retrógada, encontrarse dispuesta contra los austriacos y amenazar con envolverles al menor movimiento suyo. Sería preciso pues para esto, no sólo un general único, si que también la más completa libertad en su marcha y en sus operaciones.
»Mi campaña la he hecho sin consultar á nadie, y no hubiera hecho nada bueno si se me hubiese obligado á conciliarme con la manera de ver de otro. Si he obtenido algunas victorias sobre fuerzas superiores, apesar del abandono absoluto en que se halla todo, es que, persuadido de que vuestra confianza en mí era completa, mi marcha ha sido tan pronta como mi pensamiento.

»Si me imponéis trabas por todas partes; si debo consultar todos mis pasos á los comisarios del gobierno; si éstos tienen derecho á cambiar mis decisiones, á quitarme ó enviarme tropas según su voluntad, no esperéis más nada bueno de mí. Si debilitáis vuestros medios dividiendo vuestras fuerzas; si rompéis en Italia la unidad del pensamiento militar, con pesar os lo digo, habréis perdido la más bella ocasión de imponer vuestras leyes á Italia.

»Tal como están aquí los asuntos de la República es indispensable que tengáis un general que merezca por entero vuestra confianza: si yo no soy el elegido no me quejaré de ello, al contrario, emplearé todo mi celo por merecer vuestra estima en el

»puesto que me confiéis. Cada cual tiene su manera de hacer la guerra; el general Kellermann tiene más experiencia y la hará mejor que yo: pero los dos juntos la haremos muy mal.

»Sólo puedo prestar á la patria buenos servicios, »investido entera y absolutamente de vuestra confianza. Sé que se necesita valor, mucho valor, para »escribiros esta carta, pues podría ser fácil que se me acusase de ambicioso y orgulloso. Pero esta es »la expresión de mis sentimientos que ofrezco á vosotros que me habéis dado siempre ejemplos de estimación que no puedo olvidar.

»La resolución que tomaréis en esta circunstancia es más decisiva para las operaciones de la campaña que quince mil hombres de refuerzo que el Emperador enviase á Beaulieu.

»BONAPARTE.»

Como en lo sucesivo, la Lombardia y Milán serán las bases morales en las cuales el general Bonaparte apoyará sus operaciones, espero que el lector me permitirá detener por un instante su atención en este bello país.

En Mayo de 1796, cuando la entrada de los franceses, la población de Milán no se elevaba casi á ciento veinte mil habitantes.

Se había puesto mucho empeño en hacer saber á los soldados que dicha ciudad había sido fundada por los galos de Autun en el año 580 antes de J. C., que amenudo había sido oprimida por los alemanes, y que, combatiendo contra éstos por su libertad, había sido destruída tres veces.

El pueblo de esta ciudad era entonces el más apacible de toda Italia. Los buenos milaneses, ocupados en gozar de los placeres de la vida, no aborrecían á nadie en el mundo; eran muy diferentes en esto de

sus vecinos de Novara, Bergamo y Pavía. Estos han sido civilizados después por diecisiete años de una administración muy razonable y pacífica. Los habitantes de Milán no practicaban nunca el mal sin más ni más. Austria no poseyó esta bondadosa ciudad y la Lombardia, hasta después de 1714, y, cosa que parecerá muy extraña hoy, nunca fué su intención embrutecer á este pueblo y reducirlo á los apetitos físicos.

La emperatriz María Teresa había administrado la Lombardia de una manera muy razonable y verdaderamente paternal, habiendo sido admirablemente secundada por el gobernador general, conde de Firmian, el cual, lejos de aprisionar ó desterrar á los primeros habitantes del país, escuchaba sus pareceres, los discutía y sabía seguirlos. El conde de Firmian vivía con el marqués Beccaria (el autor del *Tratado de los delitos y de las penas*), el conde Verri, el padre Frisi, el profesor Parini etc. etc. Estos hombres ilustres procuraron de buena fé aplicar á la Lombardia todo cuando en 1770 se sabía referente á economía política y legislación.

El buen sentido y la bondad de la sociedad milanesa respiran en las páginas de la *Historia de Milán* del conde Pietro Verri.

En la Francia de 1780 no se publicaron nunca obras tales y sobre todo Francia no era administrada como Lombardia. Hemos olvidado demasiado, en medio del bienestar actual, las persecuciones de que fué víctima Turgot, por haber querido introducir en la administración de las comunas de Francia y en la de las aduanas interiores de provincia á provincia algunas de las reglas de Firmian y Beccaria en que se basaba la administración lombarda. Puede decirse que en este país, el despotismo era ejercido por los hombres más ilustrados y se procuraba en realidad por el bienestar de todos; pero, no obstante, en su

primera época no estaba acostumbrado á esta mansuetud del despotismo, pues que desde 1530 y Carlos V había sido siempre ejercido en Milán de una manera feroz (1).

El triunfo de Beccaria no dejaba de estar rodeado de peligros; temía siempre y con razón el Spielberg de aquel tiempo. Resulta de este conjunto de hechos que, como no había en 1796 ningún abuso atroz en Lombardía, no hubo nada que diese lugar á una reacción sanguinaria, á un terror de 1793.

Debe confesarse que el despotismo iba contra sí mismo eligiendo en Milán á hombres tales como Beccaria y Parini. (2) A los sabios consejos del primero, á la excelente educación dada por el segundo á toda la nobleza y á la rica burguesía, y á su sabia administración, debió el pueblo milanés el llegar á comprender lo que había de sincero en las proclamaciones del general Bonaparte. Vió enseguida que no había que temer con el joven general ver la guillotina levantarse en las plazas públicas tal como lo anunciaban los partidarios de Austria. Heme olvidado de decir que el despotismo, habiendo tenido miedo en 1793, había resucitado todos sus antiguos sistemas, haciéndose odiar por este motivo.

El entusiasmo fué sincero y general en los primeros tiempos, excepción hecha de algunos nobles y de algunos sacerdotes de elevado cargo. Más tarde el entusiasmo disminuyó: su causa fué la extrema pobreza del ejército. El buen pueblo milanés no sabía que la presencia de un ejército, aunque sea libertador, es siempre una gran calamidad.

Exceptuemos no obstante á las lindas mujeres que

(1) Véase el terror de Beccaria en sus cartas.—Véase también en la *Sposi promessi* de Manzoni la descripción del gobierno de Milán de 1628.

(2) Véase la vida de Beccaria, Custodi y Frisi en la obra de Betoni, *Vida de cien italianos ilustres*.

fueron curadas del *mal del fastidio*, pues un ejército como aquél, compuesto todo de jóvenes sin ninguna ambición, estaba admirablemente dispuesto para trastornar las cabezas. En aquel entonces, por una casualidad que no se renueva más que en largos intervalos de tiempo, había en Milán doce ó quince mujeres de la más rara belleza, y tales que ninguna ciudad de Italia ha presentado otro conjunto semejante desde cuarenta años á esta parte.

Escribiendo estas líneas después de tan largo intervalo de tiempo, tengo la esperanza ¡ay!, demasiado fundada de no herir ninguna susceptibilidad, constatando el recuerdo borroso de algunas de estas encantadoras mujeres que tuvimos ocasión de encontrar en el *Casin della Città* y más tarde en el baile de la *casa Tanzi*.

Por fortuna, tan bellas mujeres, de las cuales los extranjeros pueden hallar alguna idea en la forma de las cabezas de las *Herodiadas* de Leonardo de Vinci, no poseían ninguna instrucción, y sí en recompensa tenían la mayor parte un alma muy grande y un espíritu muy romántico.

Desde los primeros días, el ejército no se ocupaba de otra cosa que de la locura extraña que se había apoderado del general encargado de transmitir todas las órdenes del general en jefe, y que pasaba entonces por su favorito. (1) La bella princesa Visconti había probado, según se dice, de trastornar la cabeza al mismo general en jefe, pero habiéndose apercibido á tiempo de que tal empresa era muy difícil, se había dedicado al segundo jefe del ejército y debe confesarse que su éxito había sido completo. Esta afición ha sido el solo rasgo notable de la vida del general Ber-

(1) Hemos encontrado esta historia en la Biografía universal, Tomo 58, Art. de Alejandro Berthier.

thier, hasta su muerte acaecida diecinueve años más tarde, en 1815.

Pronto se supieron muchas otras locuras menos durables, sin duda, pero no obstante de tanta intensidad. Precisa acordarse aún una vez más de que en aquella época nadie en el ejército tenía ambición alguna, y yo mismo he visto oficiales rehusar el ascenso para no abandonar su regimiento ó á su querida. ¡Cuánto hemos cambiado! ¿Qué mujer, en nuestros tiempos, osaría pretender, aun en un momento de vacilación?

Eran famosas en Milan, en aquel entonces, por su belleza, madama Ruge, esposa de un abogado que ha sido más tarde uno de los Directores de la República; Pietra Grua Marini, esposa de un médico; la condesa Are..., su amiga, perteneciente á la más alta nobleza; madama Monti, romana, mujer del más famoso poeta de la Italia moderna; madama Lambert, que había sido distinguida por el emperador José II, y que, aunque de una cierta edad, ofrecía, no obstante, el modelo de las más seductoras gracias y podía rivalizar, en su género, con la misma madama Bonaparte; y por último, para acabar con el ser más seductor, de más bellos ojos que se haya visto jamás, debe citarse á madama Gherardi de Brescia, hermana de los generales Lecchi é hija del famoso conde Lecchi de Brescia, cuyas locuras de amor han sido celebradas hasta en Venecia.

Dicho conde Lecchi fué quien una vez se revistió con la capucha y barba de un capuchino en olor de santidad y compró el permiso para esconderse en un confesionario, á fin de oír desde él á la maquesa C..., su querida. El fué también quien, encontrándose encerrado en los calabozos de Venecia en castigo de las locuras insignes que había hecho por la maquesa C..., puso seis mil zequies en manos del carcelero, el cual, bajo esta condición, le dió la libertad por

treintiséis horas. Sus amigos le habían preparado un coche y corrió á Brescia, donde llegó un día festivo en invierno á las tres de la tarde, cuando todo el mundo salía de vísperas. Allí, en presencia de toda la ciudad, mató de un trabucazo al marqués N... que le había jugado una mala partida.

Volvió á partir á toda prisa para Venecia y entró sin diferir en su prisión. Tres días después, solicitó una audiencia con el senador jefe de la justicia criminal, al que se quejó amargamente de la crueldad inaudita de su carcelero.

El grave senador, después de haberle escuchado, le puso en conocimiento de la extraña acusación de asesinato que la *Quarantia* criminal acababa de recibir contra él.

—Ya ve su excelencia hasta dónde llega el odio de mis enemigos, replicó el conde Lecchi, con perfecta modestia. Su excelencia sabe demasiado bien donde he estado desde hace ocho días.

En fin, el conde tuvo la gloria, tan preciosa para un hombre de tierra firme, de engañar á la admirable policía del senado de Venecia, regresando triunfante á Brescia, de donde pasó al cabo de algunos días á Suiza.

La condesa Gherardi, hija de dicho conde, era quizás, en Brescia, el país de los ojos bellos, la mujer que más se distinguía en cuanto á esta condición. Juntaba al genio de su padre una dulce alegría, una simplicidad real, que no turbó jamás la menor sospecha de artificio.

Todas estas mujeres, de una encantadora belleza, no habrían dejado por nada del mundo de acudir cada noche al *Corso* que tenía lugar entonces en el bastión de la Puerta-Oriental, antigua muralla española que se elevaba unos cuarenta piés por encima de la verde llanura parecida á un bosque y plantada de castaños por el conde Firmian.

Por el lado de la ciudad, esta muralla domina algunos jardines, y por encima de los grandes árboles de la que después ha sido llamada la *Villa Bonaparte* se eleva la admirable cúpula de Milán, construída de mármol blanco, en forma de filigrana. A esta elevada cúpula sólo le rivaliza en todo el mundo la de San Pedro de Roma y aun es más singular que ésta.

La campiña de los alrededores de Milán vista desde las murallas españolas que, en una llanura tan compacta, forman una considerable elevación, está tan cubierta de árboles que presenta el aspecto de un espeso bosque en el cual la vista no puede distinguir. Más allá de esta campiña, imagen de la más admirable fertilidad, y á algunas leguas de distancia, se eleva la inmensa cadena de los Alpes, cuyos picos están cubiertos de nieve, aún en los meses más cálidos. Desde el bastión de la Puerta-Oriental, la vista recorre esta larga cadena desde los montes Viso y Rose hasta las montañas de Bassano. Las partes más cercanas distantes entre doce y quince leguas parecen apenas á tres leguas de distancia. El contraste entre la extrema fertilidad de un bello estío y las montañas cubiertas de una nieve eterna sorprendía la admiración de los soldados del ejército de Italia, que durante tres años habían habitado las rocas áridas de la Liguria. Reconocían con placer el monte Viso que habían visto durante tanto tiempo por encima de sus cabezas y detrás del cual veían ahora ponerse el sol. El caso es que nada podría ser comparado á los países de la Lombardía. La vista, encantada, recorre la admirable cadena de los Alpes en un espacio de más de sesenta leguas, desde las montañas que se elevan en Turín hasta el monte Cadore en Friuli. Estos picos ásperos y cubiertos de nieve, forman un admirable contraste con los parajes voluptuosos de la llanura y de las colinas, que están colocados en primer término y parecen resarcir del extremado calor del cual se busca

alívio en el bastión de la Puerta-Oriental. Bajo el bello sol de Italia, el pié de estas montañas, cuyos picos están cubiertos de nieve de una deslumbrante blancura, parece ser de un reluciente dorado; hé aquí en absoluto los paisajes del Ticio.

Por efecto de la pureza de aire á la cual nosotros, la gente del norte, no estamos acostumbrados, se distinguen con tanta claridad, con tanta nitidez las casas de campo construídas en las últimas vertientes de los Alpes del lado de Italia, que se creería estar lejos de ellas sólo dos ó tres leguas. Las gentes del país hacían observar á los jóvenes franceses, cautivados por este espectáculo, la Scie de Lecco, y más lejos, siempre hacia á Oriente, el gran espacio vacío formando escotadura en las montañas, ocupado por el lago de Garda. De este punto del horizonte es de donde los milaneses, reunidos en el bastión de la Puerta-Oriental, oyeron llegar con tanta ansiedad, dos meses más tarde, el estampido del cañón de Lonato y Castiglione; su suerte se decidía. No solamente se trataba del destino de las instituciones que en aquella época formaban sus apasionadas esperanzas; más aun, cada uno de ellos podía preguntarse en qué prisión del Estado sería encerrado si los austriacos volviesen á Milán.

En esta época su pasión por los franceses había llegado á su grado máximo y habían perdonado al ejército todos sus requerimientos.

Para ir al *Corso* desde Milán, cuya admirable situación nos ha conducido á aquellas descripciones, debe saberse que en Italia era tenido por una gran bajeza ir á paseo sin coche (llamado allí *Corso*) y en el cual la buena sociedad se da cada día cita. Todos los carruajes se ordenan en fila, después de haber hecho la vuelta del *Corso* y permanecen así durante media hora. Los franceses no podían volver en sí de

la extrañeza que les causaba un paseo de tal género sin movimiento. Las más graciosas mujeres iban al *Corso* en coches que se elevaban muy poco del suelo llamados *bastardelle* y que permitían, muy cómodamente, la conversación con los paseantes á pié. Después de media hora de conversación, al caer de la tarde (*al Ave-María*), todos los coches poníanse otra vez en movimiento y dentro de los mismos las damas iban á tomar su helado al café más célebre, entonces el de la *Corsia de Servi*.

Bien sabe Dios que los oficiales de este joven ejército no faltaban nunca á la hora del *Corso*, en el bastión de la *Puerta-Oriental*. Los oficiales de estado mayor se distinguían por ir á caballo y apostarse al lado de los coches de las damas. Antes de la llegada del ejército, nunca se habían visto más de dos hileras de carruajes en el *Corso*; ahora había constantemente cuatro filas que ocupaban todo lo largo del paseo, y algunas veces hasta seis; y era en el centro de estas seis hileras de carruajes por donde los que llegaban daban su vuelta única á trote lento.

Los oficiales de infantería que no podían penetrar en las hileras maldecían á los de á caballo, y más tarde iban á sentarse frente al café, desde donde podían hablar á las damas de sus relaciones, mientras éstas tomaban su helado. La mayoría, después de este momento de conversación, retornaban por la noche á sus acantonamientos, algunas veces á cinco ó seis leguas de distancia.

Ninguna recompensa, ningún ascenso, hubiera sido para ellos comparable á este género de vida tan nuevo y tan inesperado. De Milán se dirigían á su acantonamiento en una *sediole* prestada por algún amigo. La *sediole* es una especie de coche de dos ruedas muy altas, tirada á largo trote por un flaco caballo que hace casi siempre unas tres leguas por hora.

Tales paseos, que los oficiales hacían sin ningún permiso, desesperaban al estado mayor de la plaza y al general Despinois, su comandante. Cada día incluíanse en la *orden del día* amenazas de destitución á los oficiales, lo que no impedía que éstos se burlasen perfectamente de las mismas, pues que, á excepción del viejo Serrurier, todos los generales de división eran muy indulgentes.

Tal oficial venía á caballo de una distancia de diez leguas, para pasar la noche en la *Scala*, en el palco de una dama amiga suya. Durante el verano de 1796, que, después de dos años de miseria y de inacción en los vecinos peñascos de Savona, fué para el ejército una admirable mezcla de peligros y placeres, se encontraban diariamente frente al café de la *Corsia de Servi* los oficiales de los regimientos más apartados entre sí. Muchos, para sustraerse á la exhibición del *permiso* dado por el coronel y visado por el general de brigada, dejaban su *sediole* lejos de la puerta y entraban paseando. Después de haber tomado su helado, las damas iban á pasar una hora en su casa y quizás á recibir alguna visita, y después reaparecían en los palcos de la *Scala*. Estos, como se sabe, forman pequeños salones, y en ellos cada una recibía á a vez á ocho ó diez amigos. No había ningún oficial francés que no fuese admitido en varios palcos. Los que, enamorados y tímidos de veras, no tenían esta dicha, se consolaban ocupando en la platea del teatro un puesto bien escogido que siempre era el mismo, desde donde estos bravos guerreros dirigían miradas muy respetuosas al objeto de sus atenciones. Si se les devolvía la mirada por la parte opuesta de los catalejos, se tenían por fracasados. ¡De qué no debía ser capaz un ejército de jóvenes á quienes la victoria hacía hacer tales locuras!

El viernes, día en que no hay espectáculo alguno en Italia, en memoria de la Pasión, las reuniones se